

## Palabras del Sr. D. Emilio de Diego

He de comenzar agradeciendo a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en la persona de su Presidente, D. Sabino Fernández Campo, la oportunidad que nos ha ofrecido de presentar, en su sede de la Casa de los Lujanes, este libro *España. El infierno de Napoleón. 1808-1814. Una historia de la Guerra de la Independencia*. Igualmente debo expresar mi agradecimiento a los académicos que me acompañan en este acto de presentación. D. Juan Velarde Fuertes, D. Hugo O'Donnell, de la Real Academia de la Historia, y D. José M<sup>a</sup> Serrano Sanz.

Esta obra encaja perfectamente, a mi modo de ver, con los temas del instituto de esta Real Academia, pues en la lucha entre los ejércitos imperiales y los patriotas españoles, junto con sus aliados angloportugueses, se dilucidaba no sólo una cuestión militar sino algo mucho más profundo. Como telón de aquellas páginas, claves en el nacimiento de la España contemporánea, se confrontaban dos cosmovisiones, la del racionalismo ilustrado y la del romanticismo, de fuerte influencia tradicional, pero sin renuncia a la lógica de la libertad y al “espíritu de los tiempos”. En esas dos formas de percibir la Historia venían a confluir todo un cúmulo de factores morales, políticos, filosóficos y económicos y, además, las emociones propias de un sentimiento de supervivencia esencial, de identidad propia. A través de ellas, dos formas también de concebir Europa se batían entonces en los campos de la Península Ibérica.

Este libro pretende hacer comprensible tanto el ámbito espiritual como material en el que se genera y desarrolla la guerra de los españoles contra Napoleón y, a su vez, proporcionar las claves para entender el desenlace de la contienda. Entre ellas cabría destacar las siguientes:

I) La crisis política de la monarquía de Carlos IV cuyo primer tiempo recorrería el itinerario el Escorial-Aranjuez-Bayona. La información sobre los acontecimientos y el comportamiento popular. La recuperación y el ejercicio de la soberanía. El surgimiento, inesperadamente, de un nuevo entramado de poder que debía afianzar su propia legitimidad.

II) Los errores de Napoleón. El error político. El error militar. El error económico. La equivocación respecto a la Iglesia y el sentimiento religioso.

III) La propaganda. La literatura propagandística. Poesía popular. El teatro político. La caricatura. La música. Todos aquellos medios que contribuyeron decisivamente a la exaltación y al mantenimiento del esfuerzo bélico, en el bando español.

IV) La situación internacional. El giro obligado y decisivo que nos condujo a la alianza con Inglaterra y al definitivo juego de la diplomacia española en la Europa de 1808-1814.

V) América. La América hispana en el horizonte bonapartista. Los problemas de la España fernandina en América. El desenlace, es decir, como la Guerra de la Independencia en Hispanoamérica terminó siendo la Guerra de la Independencia de Hispanoamérica.

VI) Los hombres y los medios. Los hombres y el terreno. El armamento. La información. El mando. El espíritu de combate.

VII) La guerrilla y la contrainsurgencia. Un fenómeno complejo y a veces mitificado. Los intentos de regularización. La importancia de la lucha irregular. Los problemas de una guerra sin control. La contrainsurgencia. La legislación contraguerrillera. Las unidades antiguerrilleras.

VIII) El dominio del mar. La hegemonía naval en la Guerra Peninsular. La organización de las fuerzas navales británicas en la Guerra Peninsular. La Marina española.

IX) La guerra precisa tres cosas: dinero, dinero, dinero. Hacienda y guerra en la España "patriótica". Algunos problemas de la fiscalidad durante la contienda. Los caudales de América. La ayuda británica. Los problemas financieros en la España josefina. La tributación. La mejora del Crédito Público. Los Bienes Nacionales. Los ingresos arancelarios. Otras medidas.

X) La logística. Los abastecimientos. Las dimensiones del problema de la alimentación de los ejércitos de la Guerra de 1808-1814. La obtención de suministros. Los transportes. El servicio de sanidad.

Todo ello sin forzar las categorías conceptuales del pasado en aras de su sometimiento a los intereses del presente. Para comprender lo sucedido resulta indispensable acercarnos a los hombres que protagonizaron aquellos acontecimientos y a sus verdaderas coordenadas espacio-temporales. Pero, sobre todo, a su mentalidad.

Por último, nos hemos atrevido a presentar un balance de aquella guerra a través de sus secuelas más trascendentes:

a) La huella demográfica de la Guerra de la Independencia. La sombra trágica de la guerra más cruel que conoció la España contemporánea.

b) Algunas repercusiones económicas que, con rigor, nos permitan evaluar ciertos aspectos del coste del conflicto. Pero sin concesiones a algunos de los viejos esquemas “explicativos” de nuestro posterior retraso económico.

c) La impronta en el patrimonio artístico: tanto la negativa, más citada aunque no siempre bien conocida; como la positiva, de manera indirecta, o sea, la creación artística a propósito de la contienda.

d) Luces y sombras en otros campos. Una guerra tan heterogénea y compleja, de seis años de duración, arrojó un saldo que no podemos obviar en múltiples facetas de la vida española: de los afrancesados al bandolerismo de retorno y a la división política posterior.

e) La cultura de la violencia y una imagen de España, tal vez la más profunda y duradera de las secuelas de la Guerra de la Independencia, heredada de un sexenio de lucha, que trastornó la sociedad española durante mucho tiempo. Cabría decir que desde 1814 ya nada sería como antes. Decenas de miles de individuos, acostumbrados a vivir en la guerra y de la guerra, no podían acomodarse a la “normalidad” de la paz de forma inmediata.

Hubo un incremento de la criminalidad que constituyó la manifestación más llamativa de la marginación postbélica. Si al hilo de la contienda no pocos delincuentes se acogieron a la regulación que brindaba una coyuntura excepcional, al concluir la lucha, ellos y otros más, acostumbrados a la extorsión, al pillaje, a cualquier forma de apropiación por la fuerza de toda clase de bienes, siguieron actuando como si la guerra no hubiera terminado. Les resultaba más habitual este tipo de comportamientos que el trabajo en el campo o en la ciudad, suponiendo que pudieran encontrar alguna ocupación laboral para ganarse la vida.

Pero lo más grave no sería este tipo de fenómenos que, en el mejor de los casos, no pasaban de tener un carácter episódico, no banal pero sí parcial. Lo ver-

daderamente significativo sería la especial percepción de la vida y de la muerte que dominaría a lo largo de mucho tiempo la mentalidad colectiva. Aquélla, minusvalorada; ésta, excesivamente habitual.

Un conjunto de valores, individuales y colectivos, afines al *pathos* romántico que impregnaba el ambiente de la Europa de entonces, alcanzaron ribetes paradigmáticos en una España hacia la que se acabaría mirando, desde fuera, primero con admiración, luego con curiosidad y, por último, con displicencia.

Somos como somos, pero también como nos ven los demás. La peculiar realidad española sustentaría una figuración reduccionista, de trazos caricaturescos, enmarcando arquetipos de hombres y mujeres llamados a durar en el espejo de un mundo, al Norte de los Pirineos, que nos verá distorsionados, por múltiples motivos, entre lo exótico y lo esperpéntico. Esta representación acogería algunos de los tópicos sobre los que, a lo largo de décadas, se construyó la imagen de nuestro país y de sus gentes.

En 1808, de modo súbito, España concentraba sobre sí, según la prensa británica, la atención de todo el Viejo Continente. Para el *European Magazine and London Review*, de septiembre de aquel año, España era “*el centro de asombro y admiración de toda Europa*”. El *Annual Register* venía a decir lo mismo; “*España —decía— es el centro, en torno al cual, organizamos todos los demás países europeos*”. En tierras españolas se escenificaba el acto central de la historia europea. Según Coleridge, “*si Europa ha de ser redimida en nuestros días, sabe usted que siempre he sido de la opinión de que el esfuerzo inicial tendrá lugar en España*”. Pero después de la guerra muchas cosas habían cambiado.

El drama de 1808 a 1814 acabó inscribiéndose como tragicomedia con “papeles de carácter” asignados a unos hombres en los que el sentido del honor se apoyaba en elementos cuya importancia les parecía desproporcionada a otros europeos; con una religiosidad al borde del fanatismo, barrocos en todo, incluso en las manifestaciones antitéticas de su “barroquismo”; senequistas y culteranos a la vez; rudos, ignorantes, crueles,... disparatados; y a unas mujeres cuya expresión acabaría siendo “Carmen”. Unos y otras conformando un cuadro exótico en un escenario difícilmente comprensible. La España de Cádiz, de la Constitución, de la Independencia y de la búsqueda de la libertad iría unida al país de charanga y pandereta, en un mismo cuadro.

La mayoría de los españoles o no fueron, o tardaron bastante en ser, conscientes de esa otra parte de sí mismos que se prolonga en la opinión de los demás. Cuando llegaron a serlo reaccionaron, también durante mucho tiempo, acentuando las notas diferenciales de su comportamiento; una manera de hacer recíproca la incomprensión y de búsqueda de autoafirmación. Pero la minoría, que tuvo oportu-

tunidad y capacidad para apreciar pronto el retrato que de ellos se ofrecía, se vieron acometidos de un sentimiento en el que no faltaban las notas de frustración y pesimismo. Su desacomodo, ante la Europa que consideraban distinta e imitable, a la vez, se tradujo en una actitud tan hipercrítica como ineficaz concretada en una expresión vacía y aparentemente justificativa de todos los males, llamada a tener una desgraciada vigencia: “*¡En este país...!*” clamaban los “modernos”, menos de dos décadas después de acabada la Guerra, compendiando rechazo e impotencia, para extrañarse de España más que para mejorarla. Aquella muletilla insustancial, repetida por cualquier motivo, que provocaba la reprimenda magistral de Larra, resumía algunos complejos y una cierta esquizofrenia, con fases más o menos agudas en etapas posteriores.

En el recuerdo de muchos combatientes había quedado una imagen macabra de España, especialmente en las tropas napoleónicas. La “experiencia española” fue una tragedia para miles de franceses que regresaron a su país con las secuelas físicas y psicológicas de la guerra al Sur de los Pirineos. Inválidos o minusválidos de cuerpo, pero también enfermos del espíritu, por el miedo y la derrota, arrastraron el resto de sus vidas la impronta de un fracaso inolvidable. La sombra del malestar por las crueldades que habían cometido o sufrido les alcanzaría siempre. Una visión trágica de España, menos conocida, anidaba así en el alma de decenas de miles de hombres.

Concluyo expresando de nuevo mi agradecimiento a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, a quienes me han obsequiado con sus gratas palabras desde esta mesa y a todos Vds. Por la gentileza de haber asistido a este acto.

Muchas gracias.



**PRESENTACIÓN DE LA OBRA  
“AUTOBIOGRAFÍA  
Y “PRINCIPIOS DE ECONOMÍA POLÍTICA  
DE JOHN STUART MILL”**

Presentación del libro el 31 de marzo de 2008.

